

PILAR PAZ PASAMAR

Sólo me queda el corazón



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Pilar Paz Pasamar*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autora: *Pilar Paz Pasamar*

Título: *Sólo me queda el corazón*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y
Empresa Malagueña de Transportes (EMT)*

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-1148-2016*

ISBN: *978-84-16626-84-7*

Nº 1

Málaga 2016

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

PILAR PAZ PASAMAR

Sólo me queda el corazón



Porque esto era lo tuyo

Era todo lo tuyo, y por eso lo quiero.
Cerrar, cerrar los ojos, y que pasen tus manos,
ahogarme sobre el mar de la agonía
y dormir desmayado, cara al cielo.

Porque eso era lo tuyo, y por eso lo quiero...
y darme al fin (el hombre es una entrega),
y yo me entrego, así, sin desconsuelo,
como acepté tu ofrenda, aunque sabía
que había de romperse contra el suelo.

Y se hizo mil pedazos. Te quedaste
roto en mi corazón, como un gran beso
que se esparce en los labios, diluido,
y sube en mil partículas al cielo.

Y ahora me entrego yo, tan fríamente,
que ni siquiera siento
éste abrirse del alma —sin postigos
la reja del sentido y del recuerdo—.

Me doy porque te diste, y he copiado
ese morir desnudo de tu pecho
y romperse en la vida, como tú
te rompiste en mi sueño.

Porque darte es lo tuyo, criatura,
y por eso lo quiero...

(Del libro *Mara*, 1951)

El reclinatorio

¿Quién colocó mentira sobre el suelo
para las descansadas bienvenidas?
¿Para qué fe sin luz, ansias mullidas
arropan el dolor con terciopelo?

Quien cabalgue amargura, vaya a pelo
con las roncadas espuelas doloridas,
fluyéndole la sangre por las bridas,
sobre las ancas de la bestia en celo.

De rodillas aquéllos, los que ignoren
que pueden encontrarte en una rosa
o en la terrible soledad espesa.

Que es muy fácil, Señor, que aquí te lloren
con una bienvenida presurosa
y la sangre rotundamente ilesa.

(Del libro *Los buenos días*, 1954)

Consejo

Aprende a estar tan sola que hasta tu sombra misma apetezca librarse. Se tú la compañera de tus pasos, de modo que llegues a las cosas siempre como el que llega de una tierra extranjera.

Aprende que el dolor sólo es de ti, la risa solo tuya, testigos los dos de tu manera. Para que la luz fluya clara de tu sonrisa, desaloja el fingido sol que el mundo te presta.

Quédate con la nada que brote de tus manos, quédate con lo poco o lo mucho que seas en la noche tranquila de tus mejores gastos, en la sombra amorosa que ahora se te revela.

¡Los otros!... Si los otros pudieran comprenderte, si alguien pudiera hablarte por dentro y no por fuera, si esos que ahora te llaman no estuviesen atentos al sonido estruendoso de las falsas trompetas...

Llámate tú. Sé música de tu propio instrumento, color de tu pintura, cincel en la madera de tus sueños. Dibuja lo que quieras decirte, escríbete tu historia, escúlpete en tu piedra.

Aprende a estar a solas. Bebe el agua en tu mano, nadie te la ha de dar tan limpia ni tan fresca. Lo que tomes del mundo con la ayuda de otros no podrás admirarlo de noche en las estrellas.

(Del libro *Abreviado mar*, 1957)

El corazón ordena

No le consientas tanto, que acostumbras
mal a mi corazón. Exige, hieres.

Niégle a mi pregunta lo que inquiera,
si pide luz, mantenla en las penumbras

del amor. Cuanto más lo alzas y encumbras
más insaciable está. Mi amor prefiere
luchar por la respuesta, y que él espere
impaciente la luz con que me alumbras.

No le perdonas nada a mi descuido
que me duele ser siempre la deudora
de tanto amor, y tal renunciamiento.

Dame que perdonar. Yo te lo pido.
Hieres mi corazón, hiérole ahora
para que perdonando esté contento.

(Del libro *La soledad contigo*, 1960)

Hemos llevado juntos esta pena

Hemos llevado juntos esta pena
como algo frágil, con las mismas manos.
Nos hemos arropado con el mismo
cobertor de tristeza. Hoy han cabido
nuestros temores en el mismo cuenco
pero, a pesar de todo, te dormiste.
Eres hombre cabal hasta en el sueño.
Te duermes sin caer, sin derribarte,
te duermes como deben de dormirse
los cíclopes, los hércules, los dioses.
Los centauros, las fieras, así duermen,
tienes el abandono de los grandes
y si el sueño te llega, la victoria
la pregonan las sombras y los mástiles.

Toda la tierra vela cuando duermes.
Hombre, pecho de mar, párpado oscuro,
pan de trabajo, río de sudores,
hombre puro de cara a la fatiga
acosado de dientes y veranos.
Eres más hombre aún cuando se encierra
tu limpia forma de mirar la vida.
Hombre mío, cansado y solitario,
tenaz defendedor de pan y risas,
condenado al amor y al sufrimiento.

Hombre, amor al que arrimo mi desvelo,
compañero de almohada y despertares.
Si tú has dormido al fin, también yo puedo,
y si tú velas, en amor yo velo.
Venga ya para mí un trozo de olvido,
tome mi pecho el ritmo de tu pecho.
No nos pudo la pena, y de tu mano
corrió la sombra y se apagó en mi río,
corrió el dolor y se agostó en mi vena,
me inundaste de sueño junto al tuyo
y me dormí junto a tus costillares.

(Del libro *Violencia inmóvil*, 1967)

Sólo me queda el corazón

Solo me queda el corazón. Palabras
ya no me bastan. Sobra el pensamiento.
Solo me queda el corazón, más grande,
cada vez más amargo y más sediento.
Hablo con él, le digo: ten cuidado,
te has lastimado muchas veces. Pero
yo bien sé que me puede y que se crece
con cada asombro y cada desaliento.
He nacido con él y no hago nada
por emerger en otro clima. Pendo
como la luna más desamparada
en un vaivén de luces y de vientos.
Voy buscando señales en los ojos,
en las calles aparco mi desvelo,
me arrimo por las sombras de otras voces
y cuelgo mi pregunta en los aleros.

Cuando llega una tarde como esta,
una tarde sin prisa ni deseos,
una tarde de pena, una de tantas
tardes oscuras del aburrimiento
puedo oírle mejor. Late despacio,
tremendamente solitario. Puedo
sentir el corazón en cada vena,
está casi en la punta de los dedos.

Casi puede romperse de tan frágil,
de tan crecido casi se escapa. Quepo
mejor yo en él que en mí cabe el latido...
¡Le viene grande el corazón al cuerpo!

(Del libro *Violencia inmóvil*, 1967)

En defensa propia

(A una amiga que me reprocha no dedicarme por entero a escribir versos)

Tú creces, mientras yo me multiplico.
Tú hacia arriba, señora, alta, importante,
contemplativa, tan de mí distante
que a pequeños quehaceres me dedico.

Tú de versos sublimes mil, y rico
tu mundo, yo los hijos por delante.
Tú luna en plenitud, y yo menguante
ala inclinada sobre mucho pico.

Ciprés engalanado y solitario,
llama inflamada en el fervor diario...
¡Nadie estorbe tu lámpara encendida!

Mientras, acompañada me disperso:
el hijo, el hombre, el hombro, el ala, el verso...
¡Mas no cambio tu vida por mi vida!

(Del libro *La Torre de Babel y otros asuntos*, 1982)

Philomena, tu cántico

«El eco lejano de Dios llamándose a Sí mismo»

K. Rahnner

Philomena, tu cántico

es un acorde más entre todos aquellos
que forman el concierto: oye la sinfonía.
Tu engreída garganta, inapreciable cítara,
levísima vihuela entre tanto instrumento
toca a Su Son, mas tú no eres
quien pulsas ni conduces
pues todo lo que aporta tu gorjeo
es un breve añadido que apenas se percibe.
Tu canto es una nota; una nota entre tantas
de los innumerables pentagramas,
dentro de la infinita belleza de Su Música.
Advierto el gran esfuerzo, el pálpito ardoroso
de tu cuello por donde se te escapa
el corazón a sacudidas,
sus contracciones rápidas como si fueses tú
—y no Quien está dentro de tu trino—
la que llevara pauta de su propio sonido
o como si —qué cándida— por ti tuviera fuerza
mayor la sinfonía.
Philomena, sosiégate. La armonía es eterna,
estuvo hecha sin ti, estamos repitiendo

alma mía, Su Eco,
porque el Original quiere escucharse
a través de Sí Mismo, de las constelaciones,
del ruido de los mares, del silencio y de todo
sonido de los ámbitos creados.
Toca Su Son porque no es tuyo
y no eres responsable de belleza
sino de si has cantado con amor.

(Del libro *Philomena*, 1995)

Ahora

Ahora te sé, pues te recuerdo.
—Saber es recordar según el griego—.
Ahora sé más de ti que cuando estabas.
Ahora puedo medir lo que me deshabbitas.
Ahora sé más de ti por lo que falta.
Te digo más, porque el silencio impera.
—Más resuena la bóveda
cuando más solitaria está la nave—.
Tus gestos sin soporte son tus gestos,
sin cejilla que ajuste los sonidos
suenas mejor a ti. Ahora te siento.
Desanudo el cordón del embalaje
a ver si hay algo más que nada dentro.
Las cosas distraían; las ideas,
los mundos, el sonido. Interferían
sombras que te alejaban, me alejaban.
Ellas sobrevolaban, tú me sobreentendías.
Quizás no como entonces, así estamos:
tú en mi memoria, acaso yo en la tuya.
Ahora te sé, por cuanto te recuerdo.

(Del libro *Sophía*, 2003)

El grito en el cielo

Voy a poner los puntos sobre las íes
a estas señoras, a estos señores
que no respetan las amapolas recién nacidas
y me critican si me equivoco de fecha y hora.
Soy muy benigna, lo sabéis todos, capacitados
para entenderme si llega el caso de enderezaros
tan prepotentes, altos, altivos como las torres,
tenéis el gesto y la estatura condecorados.
Vais por la vida de rompe y rasga, con sol naciente:
Nada inclinado, nada en declive, todo “in crescendo”,
llegáis al punto del alto cenit blandiendo espadas
y coberturas y dentaduras esplendorosas.
A las criaturas no decididas, de color malva,
a los que crecen por los arceles y se reparten
y como niños brindan al mundo sus cucuruchos
de palomillas y hacen felices a las zuritas
les dais de lado y en vuestro parque las atracciones
se desarrollan, se desenroscan, surgen, estallan
para domaros con su violencia, para advertiros
para ponerlos a prueba y verlos lívidos, mansos.
Sí planté malvas, tímidas flores de somnolencia
y Atila vino y nunca mas volverá la yerba.
Dí mal un pésame –reí– y en otra ocasión equívoca
miré amorosa la pelambreira de un desalmado.

Nadie me entiende. Yo solo agacho la frente y pienso
que no estoy sola, que alguien debiera de estar,
[que estamos]
haciendo guerra sin armamento, con las dos manos,
con el silencio de los que apuntan hacia las nubes.
Me asusta el eco, me asusta el mundo, me asusta el
[hombre],
me asusta todo menos la muerte, todo me asusta.
Y así, sentada y contemplativa, así les canto.
Y ellos me cantan, me cantan pájaros dentro del pecho.

(Del libro *Los niños interiores*, 2008)



*Este librito se terminó de imprimir en la ciudad
de Málaga, bajo el signo de las estrellas que
rigen la Constelación del Escorpión. Al
cuidado de esta edición las Librerías
Proteo y Prometeo*

Pilar Paz Pasamar

Es narradora, dramaturga, pero por encima de todo, poeta. Una de las primeras autoras de la Generación del 50, deslumbró a escritores como Vicente Aleixandre y sobretodo a Juan Ramón Jiménez con su primer libro, *Mara*, publicado en 1951. De ella dijo el Nobel: «Entre los jóvenes poetas encuentro de vez en cuando cosas excelentes. Ese poema es una joya. Esa niña es genial». Accésit del Premio Adonáis por *Los buenos días*, cuando no se prodigaban mujeres. *Medalla de Andalucía*, entre otras distinciones. Es una maestra viva de la poesía española contemporánea.

